garganta las manos que hasta entonces las tenía muy asidas á ella; pero hablándole al Padre con algún espanto, y señalándole cierto lugar del aposento donde estaba, le decía: «allí está, Padre; allí está el demonio que yo tenía atravesado en mi garganta y me quería ahogar.» Comenzóle á examinar el Padre, poniéndole delante la misericordia de Dios, por si estaba este hombre atollado ó cargado de algunos graves pecados, con que se alentó y confió de salvación por medio de la divina gracia. Refirió, pues, al Padre este pobre hombre, que siendo mozo vió visiblemente al demonio, que le prometía su ayuda y amistad ofreciéndole mucha suma de dinero, y que en el juego siempre saldría con ganancia, y que á veces sin pensar le representaba para traerle á sí hermosos vergeles y florestas, y que sin poder conocer cómo fuese aquello, se las llegaba muy junto de su vista; y que otras veces se sentía tan pesado para las cosas de Dios, que el entrar en los templos le era muy penosa cosa, y aunque por esto no dejaba de hacerlo, pero era forcejeándose ó haciéndose fuerza, pareciéndole quería reventar. A lo dicho, añadió: que por veinte años, aunque oía Misa, al tiempo de alzar se le ponía el demonio por delante, y sin poderlo evitar le parecía que un pie de cabra le tapaba los ojos, y que á esta causa no había podido ver las especies sacramentales por tiempo de los veinte años con que le traía muy congojado y afligido. Esta claridad y verdad con que confesó sus pecados fué principio de su consuelo, porque el Padre le dispuso cuanto pudo á que se confesase, como lo hizo, generalmente con gran dolor y sentimiento de ellos; y recibiendo la Comunión vió la hostia que en tantos años no había podido ver, sintiendo en su alma el consuelo espiritual que en tan extraño caso se puede bien entender, y el Padre con singular gusto de tan feliz suceso. Y semejantes á éste, son muchos los casos y buenos lances que á nuestros operarios se les ofrecen, principalmente cuando visitan las cárceles, y cuando van á obrajes que están llenos de criados y esclavos que trabajan en ellos, gente ordinariamente muy destituida de doctrina y enseñanza; y por la misma razón la Compañía de Jesús, en los lugares donde se halla, toma muy á su cargo este humilde y santo ministerio.

CAPITULO X.

Relación de la Misión á que fué enviado el P. Juan Laurencio, acompañando una escuadra de soldados que salía á la reducción de negros foragidos y salteadores.

§ I.

La ocasión que hubo para encargarse los nuestros de ayudar en esta empresa.

Aunque entre los frutos espirituales, que por medio de nuestros ministerios y el divino favor se han cogido con los trabajos de nuestros Padres de la Casa Profesa, pudiera escribir de varias misiones que á

diferentes lugares del Arzobispado para bien de las almas se han hecho, pero por la brevedad me contentaré con escribir de una que fué muy señalada el año de 1608, y de grande fruto para todo el reino. Y aunque es verdad que lo material y político de esta jornada y empresa no corrió por manos de los de la Compañía, pero en lo espiritual y buen suceso de ella, grande parte tuvieron, como se verá en el discurso de esta relación, que necesariamente es algo larga; y la jornada de que aquí tratamos tuvo su origen de que, habiéndose multiplicado en la Nueva España grandemente el número de los morenos etiopes, que en navíos de armazones de ellos suelen venir de Angola y de otras partes de la Etiopia; algunos de ellos, mal alentados y mal contentos de servir á sus amos, comenzaron á hacerse fuga y retirarse á unas ásperas serranías, donde hallando tierras y aguas á propósito para hacer sus sementeras y sustentarse, también salían á los caminos y otras estancias de españoles, donde como gente foragida salían á hacer sus asaltos, cautivando indios é indias, y tal vez no perdonaban á los españoles. Y el mayor daño que se seguía del atrevimiento de los negros Zimarrones, que así los llamaban, era que con el ejemplo de estos, otros lo tomaban para seguirlos, cuando se cansaban ó les daban alguna ocasión sus amos, y recibiéndolos de muy buena gana los Zimarrones, iban engrosando sus cáfilas. Con esto no estaban seguros los caminos, en especial los más públicos y generales del reino, cuales son los que de México pasan á la Veracruz, puerto donde llegan las flotas que vienen de España; sentíanse ya en la Nueva estos daños tan generales, los cuales, si no se reparaban con tiempo, comenzaban otros mayores adelante, porque cada día se multiplicaban los Zimarrones con los que se les llegaban y crecían sus fuerzas y los insultos que cometían. Y aunque algunas veces habían salido algunas justicias de aquellas comarcas acompañadas de otros españoles, á castigar y aprehender á esta canalla fugitiva, no se había logrado el intento, porque el puesto que habían escogido los negros para su morada y las madrigueras que tenían, eran por extremo ásperas y dificultosas.

Estando en este estado las cosas el año de 1609, y gobernando la Nueva España el Exmo. Virrey y Marqués de Salinas Don Luis de Velasco, trató con grande eficacia del remedio de daños en el reino tan generales, y para esto dió conducta de capitán de esta jornada á un caballero llamado Pedro González de Herrera, vecino de la ciudad de los Ángeles, natural de Mérida en Estremadura; hombre de valor, riqueza, experiencia y prudencia, para que haciendo leva de gente bastante al castigo y reducción de los rebelados, se pusiese eficaz remedio, así á los daños padecidos, como á los que cada día amenazaban. Y como príncipe tan cristiano, y para que tuviese más feliz suceso la jornada, no se contentó de prevenir y proveer lo temporal de ella, sino también de los medios espirituales y divinos que suelen ser los que aseguran los felices sucesos. Pidió y encargó su excelencia al Padre Martín Pelaez, Viceprovincial, que á la sazón era de esta Provincia, que señalase dos Padres nuestros de la Casa Profesa, que acompañando á la gente de guerra administrasen los Santos Sacramentos á los soldados, tratasen de medios de paz y de reducir á aquellos foragidos á puesto y sujeción conveniente, y daba prisa el Virrey al despacho de esta jornada, por cuanto en aquel mismo tiempo que se disponía, habían andado insolentes los negros Zimarrones, y robado y

destruido unos carros de los que traginan del puerto de la Veracruz á México la ropa que viene de España, desbaratando la gente de servicio que los traía y hecho pedazos á un español que los gobernaba. No pudo excusar el Padre Viceprovincial el acudir á obra tan piadosa, y trató luego de escoger sujeto á propósito para esta empresa.

§ II.

Es señalado para esta Misión y jornada el Padre Juan Laurencio, y pónese aquí la relación que de ella hizo á sus superiores.

Para empresa de tanto servicio de Dios y de bien público, y remedio de tantas almas de morenos (que aunque andaban hechos salteadores eran bautizados cristianos), fué señalado con otro compañero que se le dió, un Padre grave y de grande religión y prudencia, Rector que había sido de la ciudad de los Ángeles, y que después fué Provincial de esta Provincia, llamado Juan Laurencio, de cuyas señaladas virtudes y gobierno se hará más dilatada relación adelante, y porque el dicho Padre, dando cuenta de esta su Misión y jornada á los superiores (como es uso en la Compañía), hizo relación de ella, y de lo que mientras duró, se había obrado en ayuda y bien de los prójimos (que era lo que llevaba á su cargo), siendo esta relación tan puntual y verídica, y de persona que se halló presente á todos los sucesos que en ella pasaron, me pareció ponerla aquí como la escribe en su carta para el Padre Rodrigo de Cabredo, que en este tiempo llegó del Perú por Visitador de nuestra Provincia de Nueva España. Acepté, dice, esta obediencia sin reparar en la inquietud de andar entre soldados, en el trabajo de los caminos, en el mal temple, y el riesgo de las sabandijas de tierra caliente y fuerza de los Zimarrones, ni en otras muchas incomodidades y dificultades, persuadiéndome ser la voluntad de Nuestro Señor, interpretada por los superiores; y así respondí cuando se me intimó: que una vida tenía, y que no reparaba en que ésta se diese por blancos ó por negros, como se cumpliese en mí la voluntad divina; y luego prosigue:

«Habiéndose juntado en la Veracruz la compañía de soldados que en esta ciudad y otras partes se habían levantado, salimos á nuestra empresa á 26 de Enero de 1609, habiéndose echado Bando que en aquel día, ni en el antecedente con su noche, saliese de la ciudad al campo, moreno ninguno, so pena de la vida; porque no se diese aviso á los Zimarrones de nuestra partida, la cual por la misma razón fué con el silencio posible, y sin publicar la derrota que había de llevar nuestra jornada. En este mismo tiempo andaban los alzados tan insolentes, que dieron en una estancia ó hacienda de campo y la robaron y pegaron fuego; y no hicieron presa de la gente de ella porque huyendo se pusieron en salvo. Pasaron á una pastoría, donde hallaron algunas indias y dos españoles, y preguntando al uno de ellos por nuestro capitán Pedro González de Herrera y sus soldados, y porque no supo responderles á su propósito, le abrieron la cabeza con un terciado, y después le acabaron de matar con tanta inhumanidad, que el que le hirió con el terciado lamía la sangre de él, y los demás bebieron también la sangre del desdichado, cogiéndola juntas las manos. Hi-

cieron bandera de cabellera del español, y lleváronse seis indias porque las demás huyeron; no quitaron la vida al otro español, sino lo llevaron consigo hasta el pie de la sierra donde tenían sus rancherías. Allí hicieron alto y dieron aviso arriba de su llegada, y habiéndolo tenido, bajó el caudillo de los negros llamado Yanga, acompañado de su gente de guerra, el cual venía bajando á són de un tambor y algunos cencerros que tocaban. Este Yanga era un negro Bron de nación, de quien se decía que si no lo cautivaran, fuera rey en su tierra. Y como tenía estos humos, él había sido el primer Zimarrón que había hecho fuga de su amo, y había treinta años que andaba á monte, y habiéndosele juntado otros que le tenían por su cabeza, se llamaban Yanguicos; siendo ya viejo había encargado las cosas de la guerra á otro negro Angola llamado Francisco de la Matiza, tomando este sobrenombre del amo español que había tenido. Estando, pues, aquí, y pensando el español que habían traido vivo, que harían de él lo mismo que de su compañero, dándole muerte tan crudamente como al otro le habían dado; le dijo el Yanga: no temas, español, que has visto mi cara y así no puedes morir; con toda esta autoridad hablaba el denegrido Yanga. Mandó á los suyos que le diesen de comer, y al español que escribiese al capitán Pedro González de Herrera y demás soldados, una carta llena de notables arrogancias; blasonando en ella de las victorias que habían alcanzado de los españoles que en varias ocasiones habían venido á aprehenderlos, notándolos de crueles y fementidos y al capitán de cobarde, y le desafían y convidan que venga presto á su rancho, para donde le guiará el portador, porque no tenga trabajo en buscarlos. Escrita esta carta despachó el Yanga al español con ella para el capitán y compañía de sus soldados, diciéndole al español que guiase á su gente hasta aquel puesto sin subir á lo alto de la sierra, si no quería morir con ellos.

Mientras esto pasaba, se ocupaba nuestro capitán en recoger la gente de guerra, así indios flecheros, que eran ciento cincuenta y cien españoles pagados por el Rey, y otros aventureros; y caminando por fuera de camino aunque muy trabajoso, de pantanos y lodazales, por no ser sentidos, se buscó puesto acomodado para fabricar una casa en que se guardasen bastimentos y municiones. Aquí concurrieron vecinos de la tierra, estancieros y vaqueros, y yo comencé á hacer mi oficio, encargando á toda la gente se pusiese bien con Dios por medio de la confesión y Comunión, para que su Majestad los ayudase y diese victoria, y no saliesen confundidos de enemigos, que siendo de tan baja calidad, traían inquieta la tierra. Tuve muy bien que hacer en confesiones importantísimas y comuniones hasta el día de la refriega; gastando en confesar no sólo los días, sino también buena parte de la noche, con españoles, negros, mulatos, mestizos é indios que se habían juntado en el Real; no se sabía el camino y derrota que se había de tomar para dar con seguridad en la ranchería principal de los Zimarrones, por la aspereza y espesura de la tierra; y así se echó de ver que había sido providencia particular de Dios el no haber quitado la vida el Yanga al español que cayó en sus manos, y con quien despachó su arrogante carta, porque éste llegó aquí y la dió al capitán; coligió de ella, y de la arrogancia de esta gente, que no tenía que tratar con ella de medios de paz sino proseguir en su jornada. El español se confesó y comulgó aquí con mucho reconocimiento de la merced

que Dios le habia hecho, en haberle sacado con vida de las manos de tan crueles y bárbaros enemigos; y el domingo de Carnestolendas, desde el puesto guiando el mismo soldado nuestro ejército por parte que no fuese sentido, se puso junto á un arcabuco que distaba tres leguas de la ranchería de los morenos. El lunes siguiente, 22 de Febrero, saliendo el capitán con dos escuadras de á caballo á reconocer la tierra, y disponer dónde asentaría de propósito su Real, fué Nuestro Señor servido, que vino á dar con una cuadrilla de los negros que venían bajando de su ranchería, y saliendo del arcabuco ensillaban algunos caballos (que ya eran señores de ellos para salir á pelear). Y el intento de estos era, que arrepentidos de haber enseñado su guarida al español que despacharon con la carta, y recelosos de otro que estaba en una pastoría cinco leguas de allí, y sabía también su ranchería, iban á matar los que en ella hallasen y pasar á quemar un Ingenio de azúcar en Orizaba, y llevarse los negros que en él estaban para tener más gente que los ayudase á defender de los españoles. Pero luego que á estos los sintió la cuadrilla de los enemigos, desamparando el buen número de caballos que habían ensillado y enfrenado, y dejando arcos, carcajes y flechas, y algunas otras armas, ropa y comida, huyeron por la espesura adentro, y subiendo á su pueblo dieron aviso en él de la llegada de los españoles, que ya tenían cerca de sí: con esto, sonó allá en lo alto una algazara de hombres, mujeres y muchachos, que el capitán y los que con él iban, oían en lo bajo estas palabras: «españoles en nuestra tierra, españoles.» El capitán, contentándose este día con esta facción de haber descubierto la madriguera de estos enemigos, y de haber hecho la presa de los caballos, y también de haber hallado un buen sitio para acercarse con su Real, dió la vuelta adonde había dejado la gente de su campo, para dar orden en la prosecución de su jornada y pretensión.

§ III.

Prosigue el Padre Juan Laurencio en la relación de su Misión y sucesos de la guerra.

Levantó su Real el capitán Pedro González de Herrera, y pasó con él á asentarlo junto á un río, en campo llano y raso de buenos pastos, desde el cual se descubría claramente el Pueblo de los Morenos, distante de allí dos leguas de camino, la una de tierra llana y la otra de áspera serranía, en cuya cima y llanada que en ella había, estaba el dicho pueblo rancheado en buena disposición. Este día se ocupó la gente en cerrar y pertrechar el Real con una buena palizada, y en correr la tierra en que se les ofreció una buena facción para enflaquecer las fuerzas al enemigo, quitándoles otro buen número de caballos que en su potrero y dehesa tenían. El día siguiente salieron dos escuadras de á caballo para reconocer y buscar si había algún otro camino para subir de secreto al pueblo de los enemigos, fuera de la senda ordinaria en la cual se presumía que tenían alguna celada ó emboscada esta gente, y no habiéndose descubierto otro camino, se resolvió á acometer por el ordinario el día siguiente. Este, habiéndose confesado desde antes de las tres de la mañana alguna gente que antes no se

había prevenido, y habiéndose dicho Misa y comulgado, se fué á dar asalto á los enemigos á las ocho de la mañana, quedando en el Real guardando el bagaje y caballada la gente que parecía necesaria; la que marchaba á dar el asalto iba repartida en tres escuadras, que caminaba á pie por la aspereza de la tierra. La primera escuadra de españoles arcabuceros guiaba el capitán; con la segunda iban indios flecheros, que demás de sus arcos y flechas también llevaban hachas y machetes, con que iban abriendo la senda y camino angosto que tenían los negros. Mi compañero y yo, íbamos sin más armas que la confianza en Dios. Puse haldas en cinta, y de ellas colgado un vasito del Santo Óleo para olear á los que estuviesen á riesgo de muerte; fué grande el consuelo que la gente llevaba de vernos ir en su compañía, y no menor me la comunicó á mí Nuestro Señor para ir á dar mi salud y vida por aquellas almas, y las de los negros si fuera menester.

Llegamos á una fuente que manaba de entre unas peñas, de cuya agua se proveían los negros, aunque estaba distante su pueblo, porque en él no tenían otra que beber. Junto á esta fuente se halló una gran sementera de tabaco, calabazas y maíz, todo se taló y destruyó por quitar el sustento al enemigo. Habiendo caminado con el orden dicho, mandó el capitán al alférez, sobrino suyo, que se adelantase con unos pocos soldados á reconocer si en aquel camino había alguna celada ó emboscada, como se sospechaba que la tenían trazada los negros, y estuvo en esta prevención y diligencia, principalmente, el buen suceso de la victoria. Porque llegando el dicho alférez á dicho puesto, se adelantó un perrillo, que consigo llevaba, y sintiendo á los negros que estaban emboscados, y habiéndoles ladrado, se retiró atrás donde estaba su amo, que volvió á dar aviso á su capitán, el cual, marchando con su gente, llegó á un puesto que tenía á su frente unas grandes peñas tajadas, que por lo alto coronaba una ceja á modo de muralla, detrás de la cual se encubría mucha gente, que con silencio aguardaba que se acercaran nuestros soldados á puesto donde pudieran ofenderlos con galgas, piedras, flechas y dalles, que eran las armas que tenían preparadas; en el mismo camino y á vista de las peñas (que como dijimos les servían de muralla) habían hecho una roza de árboles, bejucos y matorrales, donde la gente que quisiese acometer se embarazase y enzarzase, y si se quisiese retirar se hallase atajada. Aunque se conoció la estratajema, pero el capitán y su gente prosiguieron su camino acompañándolos mi compañero y yo, por no haberse hallado otro para acometer al enemigo. El cual, cuando esto vió, y que ya el capitán (á quien deseaban ver en sus manos) se había acercado á las peñas, y que los demás estábamos á tiro dentro de la roza, nos dieron de repente tal rociada, los que habían estado encubiertos y en silencio, y tal batería con galgas que derribaban, con piedras que disparaban, con dalles y flechas que arrojaban, que parecía milagro no haber muerto al capitán y acabado con todos cuantos allí nos hallábamos; sobre el capitán echaron á plomo un peñasco, que viéndole venir se arrimó y cosió con la peña tajada, con que se libró que le diese de lleno, y solamente le pasó casi raspando el cuerpo de arriba abajo. Pero viendo que su gente que se halló dentro de la roza estaba maltratada, desviándose un poco de la peña á animar á sus soldados, le arrojaron otra grande losa, que raspándole por las espaldas le llevó de encuentro la cuesta abajo, hiriendo malamente al paje de armas que lo acompañaba. Viendo esto

un esclavo del mismo capitán que allí se hallaba, y teniendo por muerto á su amo, dió voces á los de la emboscada, diciendo: «ah, traidores, que habeis muerto al capitán mi señor.» Mas él, porque no se desanimasen los suyos, y tomasen avilantez los enemigos, levantándose como pudo, y con esforzado ánimo, á voces, dijo: «por Nuestro Señor que no me habeis muerto, que vivo y sano estoy. Ea, soldados, Santiago, y á ellos;» estando en esto, tiraron á mi compañero una piedra, que señalándole en la mejilla le llevó el sombrero, encajándose en la copa de él, de suerte que no se podía sacar sin dificultad. Para mí vino una galga, y tras ella una flecha, y aunque por entonces no sentí herida, después me hallé ensangrentada la pierna izquierda, de la cual en más de quince días no acabé de sanar. A un soldado que estaba junto á mí, le pasaron con una flecha la cuera de ante y penetró á la carne tres dedos; y finalmente, fueron muchos los heridos de piedras y flechas cuyas puntas eran de fierro y muchas lengüetas, para lo cual tenían su fragua y oficial herrero, como después se vió llegando á su pueblo. Con haber maltratado tanto los enemigos á los nuestros que iban delante, con todo, los que venían en la retaguardia, é indios flecheros amigos, rompieron por un lado del arcabuco arriba, y obligaron á los negros á desamparar su peñol y retirarse á su pueblo y fuerte que tenían media legua de allí; y aunque la subida para él era asperísima, y por extremo dificultosa, los nuestros, ya empeñados en la presa, iban casi corriendo y trepando y siguiendo el rastro de sangre que dejaban los enemigos heridos, siguiendo su alcance con arcabucería, flechería y vocería, de suerte que pusieron en grande confusión así á los que iban huyendo, como á otros que guardaban los pasos fuertes y dificultosos para el dicho pueblo. Estos eran: lo primero, uno como puente de un palo largo y rollizo, de suerte que no se podía pasar por él sin grande peligro, y de uno en otro. Adelante estaba una puerta atrancada y amarrada con fuertes bejucos de monte, y adelante de ésta otra muy estrecha, y no menos, sino más dificultosa, y después de ésta otra tercera. Y para obligarnos á entrar por estos pasos, era grande la empalizada con que habían embarazado los lados; y finalmente, para que la dificultad y defensa de estos pasos fuese mayor, eran muchas las flechas que de dentro se tiraban á los que pretendíamos entrarlos.

§ IV.

Llegan finalmente nuestros españoles al pueblo de los negros, y ellos lo desamparan y se ponen en huida.

Después de vencidas grandes dificultades (prosigue en su relación el P. Juan Laurencio), finalmente llegaron los nuestros al pueblo de los alzados. El caudillo Yanga, como viejo, no había salido á pelear, sino había sustituido en su lugar por capitán de esta guerra al negro que dijimos se llamaba Francisco de la Matiza, y él se quedó en el pueblo y recogió las negras é indias cautivas á una Iglesia pequeña que tenían, para que, con candelas encendidas y unas flechas, hincadas delante del altar estuviesen en oración mientras duraba la pelea, que aunque foragidos y huidos, esto les quedaba de cristianos y bautizados. Estando aquí el Yanga, le llegó uno de los suyos á avisarle

que en la refriega del Peñol nos habían desbaratado con muerte de muchos españoles é indios; pero presto vió el engaño, pues apenas se le había dado el recado, cuando llegó otro con aviso de la derrota de su gente; oyendo esto las mujeres que estaban en la Iglesia, quisieron ponerse en fuga y el Yanga las detuvo, diciendo que no temiesen, que tiempo había para ponerse en salvo, pues cuando mucho tendrían bien que hacer los españoles en llegar allí, en tres días enteros; tanta era la confianza que tenían en los pertrechos que habían preparado. Apenas había dicho esto, cuando sintiendo cerca de su pueblo la arcabucería de los soldados, y gritería de los indios amigos, se acogió en compañía de otros negros á un arcabuco y espesura de monte cercano, llevando por delante por fuerza, ó de grado, á todas las mujeres y gente menuda; y así, cuando venimos á entrar y ganar el pueblo, ya toda la gente de él se había acogido á la espesura del monte que tenían cerca. Y para que nuestros soldados no les pudieran seguir el alcance, tenían aquí prevenida otra fuerte palizada. Mas como su huida fué tan repentina y acelerada, no pudieron llevar más que sus personas, dejando la ropa, armas, y aun la comida que tenían para aquella noche, sin reparar en derramar el agua que tenían prevenida, que á no dejarla en sus calabazos, nos hiciera grande falta aquella noche, por estar la fuente de que bebían muy distante.

Entrando los nuestros en el pueblo, cerca de la noche enarbolaron el estandarte del capitán, y repicaron las campanas que había en la Iglesia, y apagaron las candelas que en ella habían encendido los enemigos, y derribaron las flechas que habían hincado delante del altar; y dando gracias á Dios por la victoria que les había dado, gozosos con ella acudían á abrazarme y besarme la mano, como si yo fuera el dueño ó autor de esta buena suerte, diciendo el capitán que yo se la había dado por haberlos puesto bien con Dios, por medio de los Santos Sacramentos de confesión y comunión con que los había preparado. Y cierto que entendí que esto fué grande parte para aplacar á Nuestro Señor, y alcanzar su divino favor en esta empresa. Porque muchas de las confesiones que entonces se hicieron, fueron de personas que en muchos años no habían tratado de reconciliarse con Dios, sino dar larga rienda á sus pasiones. Y así pienso, que si en aquel estado fueran á la pelea, no teníamos que esperar, sino temer el justo castigo de Dios, por mano de aquellos crueles bárbaros. Mas como nuestra gente iba tan bien dispuesta con los buenos ejercicios de oir Misa todos los días, y muchos la palabra de Dios, rezar el rosario de la Virgen y la letanía de los Santos; y finalmente, confesar y comulgar, fué servido Nuestro Señor de librarnos de tantos peligros en que podíamos perecer. Porque al tiempo de la pelea y combate del Peñol yo andaba ocupado en confesar y reconciliar los que estaban heridos, y á peligro de muerte, en procurar se les sacasen las flechas y tomase la sangre, y subirlos conmigo, no sin riesgo de caer en manos de los contrarios, y quedándome á veces solo con los más heridos por consolarlos y ayudarlos en sus almas. Entróse en el pueblo tan cerca de la noche, y con tanto cansancio de los soldados, que no se pudo por entonces hacer más que curar los muchos heridos y quemar las casas, reservando la Iglesia y otras cuatro ó cinco para el reparo de la lluvia que sobrevino, y tomar algún refuerzo de comida y bebida para los que tan sedientos y hambrientos habían llegado. Las casas que